

“Jesús: agua viva que sacia nuestra sed”

Damos comienzo hoy a los tres domingos llamados catecumenales que tienen como objeto presentar a Cristo a los que se preparan para celebrar su iniciación cristiana en el próximo tiempo de pascua. Y, a aquellos que ya han sido sepultados en las aguas del bautismo, se nos llama a la penitencia recordando aquel acontecimiento y su condición de Hijos de Dios. Comenzamos la segunda parte de la Cuaresma, proclamando los evangelios del encuentro de Cristo con la Samaritana, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro; temas tradicionales de la liturgia que nos muestran al Señor como que da el agua de vida, el que es luz y el que es la vida.

Jesús de Nazaret aboga por la destrucción de toda liturgia farisaica y establece un culto en espíritu y verdad. La religión verdadera consiste en establecer condiciones justas para poder realizar la fraternidad, en conquistar la libertad para todos, en optar por los más débiles, en tomar en serio la comunión con los demás, en desarrollar las posibilidades humanas.

¿Qué pasa en nuestro mundo? Sal a la calle y fíjate en los hombres y mujeres que tienen sed:

- Los que están en los bares, pub, discotecas... tienen sed, pero no sólo de agua o de alcohol: tienen sed de satisfacciones, de diversiones, de encuentros.
- Los que están en los comercios, mercados y supermercados, pequeños y grandes almacenes... tienen sed, pero de cosas, de posesión, de seguridades, de tener.
- Los que están en los campos de fútbol, los cines, los teatros... tienen sed, pero de evasión o de victoria o de ideales.
- Los que están en los bancos, en las bolsas, en los bingos y demás juegos de azar... tienen sed, pero de dinero, de riquezas, de bienestar, de poder.
- Los que están en colegios, universidades, bibliotecas, laboratorios... tienen sed, desde luego, pero de verdad, de saber, de cultura, de superación.
- Los que están en los hospitales, las clínicas, farmacias, consultorios ... tienen sed, pero de salud, de vida, de paz, de fuerza, de juventud.
- Los que están en los burdeles, en las casas de placer, en los mercados de la droga... tienen sed, muchísima sed, pero de placer, de satisfacciones, de absolutos.

En una realidad así, hoy, tercer domingo de Cuaresma, **la Palabra de Dios nos dice:**

En la primera lectura (del libro del Éxodo) se nos presenta a un pueblo torturado por la sed. No acabamos de darnos cuenta de lo que significa. Y, sin embargo, pueblos torturados por la sed los tenemos también en nuestros días. Y las consecuencias son mortales. Dios se vale de Moisés para calmar la sed de su pueblo, y para remediar la falta de fe de su pueblo. Dios sigue hoy necesitando

de muchos nuevos Moisés que se comprometan en el desarrollo de los pueblos, y de muchos nuevos Moisés que den testimonios de fe ante su pueblo.

En la carta a los Romanos, san Pablo quiere dar una respuesta a los interrogantes del hombre y de la falta de fe: “la prueba de que Dios nos amó”, de que no nos deja tirados, de que está con nosotros, es la muerte de Cristo, el Hijo. Sin merecer nada, Dios nos lo da todo en el Hijo: reconciliación, paz, justificación, salvación.

El pasaje evangélico es bellissimo y sugerente, lleno de sentido. ¿A qué atendemos más: a la sed o al agua, a la mujer del cántaro o al hombre que pide de beber? Ese hombre cautiva, tiene sed y ofrece agua, está cansado y libera de las cargas, pregunta cosas y lo sabe todo, parece un extraño y se mete en el corazón. En Él se concentra toda la sed del mundo, todos los deseos y los interrogantes de la mujer; pero en Él están todas las respuestas y todos los manantiales.

Para nuestra vida cristiana. Hoy el evangelio nos presenta a Jesús como el que lleva a plenitud el Antiguo Testamento y como el que da el agua viva. Mientras la Samaritana ha de sacar con esfuerzo el agua del pozo, Jesucristo nos regala el agua viva que sacia nuestra sed. Por eso, como la samaritana tenemos que descubrir constantemente quién es Jesús para nosotros y lo que Él nos ofrece. Nosotros buscamos calmar nuestra sed interior con cosas materiales, con agua que no sacia nuestra sed, y sin embargo, el agua que Jesús nos da es el Espíritu Santo, es la salud y la vida eterna. Dios se nos da en su Hijo Jesucristo, de ahí que lo debamos escuchar y acoger, porque es el Profeta y el Mesías esperado. Por eso, como la samaritana hemos de pedir a Jesús que nos dé esa agua. La oración es imprescindible en nuestra vida. No porque informemos a Dios de lo que necesitamos, sino porque nos capacita para recibir lo que Dios nos da.

Por otro lado, escuchando a Jesús descubrimos también la necesidad de orientar nuestra vida hacia el único Dios. Comentan los especialistas que la Samaritana representa al pueblo de Samaría, y sus cinco maridos a los cinco dioses que el pueblo a tenido; y que el Dios a quien adoran actualmente los samaritanos no es el verdadero. El tiempo de cuaresma es el mejor momento para convertirnos al único Dios o para profundizar en nuestra conversión a él. Sólo a Dios hemos de dar culto en espíritu y en verdad, es decir, hemos de adorar al Padre a través de su Hijo Jesucristo, que es la verdad, y bajo la acción del Espíritu Santo.

Como la samaritana, llevemos el mensaje de salvación a los amigos de nuestro entorno para que ellos también sientan el gozo del encuentro con Dios.

*Avelino José Belenquer Calvé.
Delegado episcopal de Liturgia.*